

bien aquí nace por sí misma la fórmula ehuemerística. Luego subió al cielo montado en el lomo de la gran vaca Nut, y por él se pasea diariamente en la barca del sol. A Ra se unen los demás seres luminosos como «compañeros» suyos, y sobre todo las estrellas, entre las cuales tienen especial importancia en los textos religiosos la de la mañana (*duat*), el Sirio (*sopet*) y el Orion (*sahu*). El hijo y sucesor de Ra es Schu con cabeza de león, el esposo de Tefnut, el dios del aire que creó las columnas sobre las cuales descansa el cielo ó, en forma más realista, que con sus brazos protege el vientre de la vaca celeste. Sigue luego el círculo de Osiris, en primer término Qeb y Nut, luego Osiris é Isis y finalmente, después del interregno de Set, vienen Horo y Hathor, que en el sistema de dioses Horo es el hijo de Osiris, no de Ra. Forman una segunda serie los subordinados y auxiliares del gran ser luminoso, como Thot, Ma'at, Anubis, etc.

A estos «grandes dioses» siguen las divinidades locales que, como antes hemos observado, son concebidas en «círculos de dioses» (*paut*). En teoría, cada uno de estos círculos consta de nueve divinidades, pero de hecho, este número varía según los lugares. Distínguese también entre un «grande» y un «pequeño» círculo de dioses, accidentalmente con relación á algún lugar del culto terrenal, como Anu, Pe, Nehen etc.: son, como hemos dicho, las divinidades y los demonios locales unidos dentro de un sistema, los cuales, á diferencia de los poderes del cielo, gobiernan en la tierra y determinan la suerte de las distintas comarcas. Están subordinados á los grandes dioses, pero toman parte en sus luchas, y á ellos se confía la sentencia del proceso entre Horo y Set, siendo ellos los que reconocen la justicia de la causa de Horo. En parte llevan como el «Horo de Edfú», «Tum-Ra de Heliópolis», «Horo el antiguo de Sechem», etc., los mismos nombres que los grandes dioses mundanales, pero son concebidos como completamente distintos de éstos (1). Esto ofrecía ancho campo á la sistematización por parte de los sacerdotes; así, por lo menos en tiempos posteriores, encontramos al lado del dios principal de un lugar á su esposa y comunmente á uno ó á varios hijos y á los demás parientes. Estos dioses, como casi ya no hay necesidad de decirlo, han sido en todos tiempos los seres propiamente objeto de veneración. Los grandes dioses de la luz y del cielo solo participaron del culto en el Antiguo imperio—prescindiendo de los dioses del imperio Ra y Horo (2)—en cuanto fueron en parte divinidades locales. En los antiguos tiempos, no encontramos en ningún lugar un culto de Isis; y divinidades como Nut, Nunu, Qeb, etc., y las figuras secundarias que de ella se derivaban, fueron siempre simples formas de la teología y nunca llegaron á ser objeto de culto.

En este desenvolvimiento que nos ha llevado hasta la teología y la cosmogonía, encontramos un hecho que no puede perderse de vista por la importancia que tiene para la inteligencia de la religión egipcia, á saber, la ausencia absoluta de todo elemento moral. Ciertamente el dios egipcio exige de sus adoradores la observancia de la ley moral y especialmente el dios de la luz es un dispensador del bien en contraposición al tenebroso Set, que protege á los enemigos del país y envía todas las desgracias, la sequía, las malas cosechas y la muerte. Pero así como por ejemplo entre los habitantes del Iran estas ideas han desarrollado la necesidad religiosa de que el hombre, en la eterna lucha entre la luz y las tinieblas, entre lo

(1) La opinión de Brugsch de que la *paut* era el círculo de los dioses que gobiernan el mundo, desde Ra hasta Osiris y sus sucesores, es completamente errónea, pues estos últimos dioses se distinguen siempre en los textos religiosos de las *pauts* locales.

(2) Unido á Horo, parece haber alcanzado Hathor en el Antiguo imperio grandísima importancia.

bueno y lo malo, se coloque en uno ó en otro campo, esta elevación moral y esta profundización de la religión son completamente extrañas á los egipcios. Para estos, los dioses son magnitudes determinadas, aunque difícilmente calculables, de las cuales quieren aprovecharse cuanto les es posible; así, cuando no les basta el amparo del dios bueno, acuden al auxilio del diablo. En el fondo, no significa otra cosa el hecho de que la divinidad esté representada bajo la forma de animales repugnantes y dañinos.

Echemos, para terminar, una mirada sobre el culto en cuanto nos permita sacar acerca de él algunas consecuencias el escaso material que respecto de este punto poseemos. La costumbre de representar á la divinidad plásticamente bajo una forma determinada data, en Egipto, de remotísimos tiempos. Algunos relieves nos presentan á las divinidades bajo la figura de animales sagrados, y en las inscripciones encontramos, detrás de los nombres de los dioses, á menudo su imagen como signo determinante. El macho cabrío de

Mendes está representado como , la diosa Ma'at como , la Hathor como mujer con cabeza de vaca, y cada dios, por regla general, en forma de hombre sentado con una

barbita despuntada . Esta manera de representarlos solo era posible cuando los dioses tenían sus figuras fijadas en la imagen. Era muy común, en los servicios fetichistas, construir una muñeca que por medio de ritos mágicos se convertía en encarnación de la divinidad. Con esto hubo, además de los animales, árboles y piedras sagradas, un nuevo objeto que sirvió de residencia á la divinidad, y no es inverosímil suponer que en Egipto, de la misma manera que en Fenicia y Grecia, se formara la representación de los dioses por medio de imágenes de los antiguos objetos que se consideraban como inmediata residencia de Dios. Si Ptah de Menfis, Chunsu de Tebas y otros fueron representados en figuras de momias, parece que fué debido á que, como en Grecia, se pusieron á una estaca de madera cabeza y manos, dándosele una forma análoga á la del hombre que después fué perfeccionada. Lo propio puede decirse, al parecer, de la mencionada manera de representar á Amsi. Posteriormente se dió también forma de hombre á la estaca Ded de Busiris poniéndole cabezas humanas entre las diversas ramas que de ella arrancaban.

El dios vive en una «casa» (*per*) ó en una «habitación divina» (*hat nuter*), es decir, en un templo donde hay muchos sacerdotes á su servicio. En los días de fiesta de su culto sale de su mansión para mostrarse ó ostentarse (*che*) á sus adoradores (3), luego la imagen del dios es colocada en una barca y sacada del templo en procesión solemne para ser adorada por el pueblo; pero ignoramos si la barca debe su origen á la influencia de las ideas solares ó si realmente en un principio el dios solía pasear por el Nilo.

Además de las fiestas de cada divinidad, había días de fiesta general que se relacionaban con el curso del año. Los dos días de año nuevo (mas detalles sobre esto se encontrarán en una página siguiente), el novilunio y el plenilunio (4), eran celebrados con reuniones solemnes y sacrificios. Fiesta

(3) La principal de estas fiestas era, en Menfis, la fiesta de Sokar que muchas veces (por ejemplo en Mariette: *Mast.*, D 38) está determinada

por la barca    .

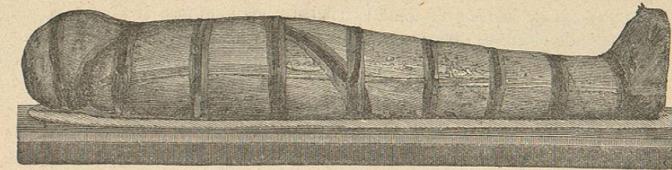
(4)  , es decir, la fiesta de todo el mes y del medio mes, debiéndose entender no el mes convencional de treinta días, sino el curso natural de la luna.

natural era probablemente el día de la «salida de Amsi» (1), durante el cual el dios de los campos y de las viñas era llevado en procesión y el rey salía á recibirle para saludarle—en el Nuevo imperio esta fiesta parecía enlazada con la elevación al trono.—Además, entre los días de fiesta encontramos la fiesta de Thoth y la de Uaga, la «gran fiesta», la fiesta del fuego Rekeh, etc., acerca de cuya naturaleza no puede decirse hasta el presente gran cosa, siendo seguro que se relacionaba con el curso de la naturaleza y del año solar.

CAPITULO VII

EL CULTO DE LOS MUERTOS Y LA DOCTRINA DE OSIRIS

Es creencia que encontramos en la mayoría de los pueblos la de que la existencia del hombre no acaba con su muerte, sino que con esta se opera una misteriosa metamorfosis en el ser humano: el agente espiritual que lo animaba y movía



Momia encerrada dentro de su envoltura (Museo Británico).

Según la idea egipcia, reside en los hombres un ser inmaterial que se les parece mucho por la forma, tal es el *Ka* ,

ó el espíritu (en el sentido de fantasma) (2), y que tiene con el hombre concreto la misma relación que el dios con el ser terrenal, por ejemplo con los animales, en que se manifiesta. Por la muerte, esta «imagen-sueño» se desprende del cuerpo y sigue su propio camino. De aquí que se considere al espíritu como un otro yo del hombre, que marcha con él, le dirige y le protege, le rodea con sus brazos y camina delante y detrás de él. Asimismo cada dios tiene su *Ka* que «va con él» y que completa su ser. El *Ka* se desprende, pues, de la idea de que arranca y se convierte en un otro yo místico del hombre real, y crece íntimamente unido con él. Al mencionar á los dioses y á los reyes, se habla con preferencia del *Ka*: «hermoso es el *Ka*,» — es decir, el ser en cierto modo interno, la imagen ideal de Ra, — «vigoroso, digno de respeto es su (de Ra) *Ka*,» «permanentes son los *Ka* de Horo:» tales son algunas fórmulas religiosas que se suelen otorgar como sobrenombres á los reyes. Cuando el soberano ordena algo, es «su espíritu (*Ka*) amado de Ra» quien «se digna ordenar» algo (3).

(1)  , citado con mucha frecuencia en las fórmulas de los sacrificios mortuorios: acerca de la importancia de la fiesta en el Nuevo imperio, véase Erman: *Egipto*, pág. 101. La fiesta se celebraba indudablemente en Menfis, por mas que no ha podido comprobar el culto en ella durante el Antiguo imperio.

(2) Esta traducción reproduciría mejor la idea de la palabra; genio ó el otro yo son acepciones demasiado estrechas. La opinión de que el *Ka* era la estatua-retrato (manifestada por Dumichen en el «Palacio sepulcral de Patuamenap») es completamente falsa, pues aquella se llama *tut*, y nunca *Ka*; este último es, por su naturaleza, completamente inmaterial. Nombres como *Neferkare* no quieren decir sino que una estatua de Ra es bella. Otro desenvolvimiento progresivo es el de que los dioses, por lo menos, según opinión posterior, tienen una serie completa de *Ka*. A los trabajos de Maspero debemos en primer lugar la aclaración de las ideas aquí expuestas.

(3) Mariette: *Mast.*, D 12. Inscripción de Una, línea 49.

lo ha abandonado; pero mientras el cuerpo continúa existiendo, sigue viviendo esta potencia moral permaneciendo unida á aquel á quien en vida ha pertenecido. Por esto, el difunto se aparece en sueños y en visiones á los suyos como prueba de que está á su lado y el recuerdo suyo vive en mil objetos que traen de continuo su imagen á la memoria. Ciertamente que está en la naturaleza de las cosas el que tales imágenes siempre sean vacilantes y contradictorias, pues falta el correctivo real para las formas que se traza la fantasía. Por lo demás, debemos hacer notar que el conocimiento que tenemos de esas ideas egipcias en esta esfera son muy rudimentarios á pesar del abundantísimo material que se ha conservado y á pesar de la excepcional importancia que tiene éste para el desarrollo del Egipto, siendo tarea sumamente difícil seguir todas las fantasmagorías que se nos presentan bajo una forma concreta y clasificar las distintas series de desenvolvimientos que se nos presentan completamente confundidos.

Además de la idea explicada encontramos otra, según la cual el elemento vivificador es concebido como alma (*ba*) que al morir sale revoloteando del cuerpo en forma de

ave . Esta alma en su concepto material es una parte integrante del hombre real, lo propio que el corazón que para los egipcios, como para nosotros, es el verdadero asiento de toda fuerza vital y de todas las sensaciones. Por eso se diferencia esencialmente del «espíritu» inmaterial: el *Ka* es una reproducción de todo el hombre; el alma es una parte del hombre. Es muy posible que las nociones del *Ka* y del *ba* tuviesen distinto origen habiéndose confundido muy posteriormente; pero de todas maneras los nombres como «almas de los dioses», «bellas son las almas de Ptah», «splendor de las almas de Sokar» pertenecen á las denominaciones más antiguas, lo propio que la costumbre de designar á las divinidades de un lugar como «almas» del mismo, es decir, como elemento de vida residente en este lugar, cuyos cuerpos constituyen los lugares del culto (4).

Aun cuando estos elementos espirituales del hombre se diferencien del cuerpo, ya se comprenderá que no se les podía imaginar completamente desligados de él. Los egipcios no concibieron, después de la muerte, nunca una vida ulterior, puramente espiritual, sino que necesitaba apoyarse para ello en la existencia de la carne. El *Ka* y el *ba* no eran el mismo hombre sino solo partes de él, y por eso al separarse, por la muerte, del cuerpo, y al quedar este abandonado á la putrefacción, quedaba malparada la ulterior existencia del individuo real. Por tanto se procuraba conservar del mejor modo posible el cadáver y preservarlo de la corrupción por medios artificiales. Conocido es el grado de perfección que entre los egipcios logró poco á poco el arte del embalsamamiento. Los cadáveres se depositaban en sitios á que no pu-

(4) Las «almas del Este» están junto «á los dioses del Sur, del Norte y del Oeste» en la pirámide de Una, líneas 224, 226, 229, 232: «los dos grandes Pauts en las almas de Anu» dice por ejemplo la pirámide Merenre: *Revista egipcia*, 1881, tabla 2, línea 8.